

Camaradería Amorosa



(Algunas reflexiones
sobre el amor libre).

Emile Armand

LA VIDA SENSUAL

CONSIDERACIONES SOBRE LA IDEA DE LIBERTAD

Antes de exponer el punto de vista individualista anárquico frente a la cuestión “sexual”, es necesario ponerse de acuerdo sobre la expresión “libertad”. Se sabe que la libertad no podría ser un fin, ya que no hay libertad absoluta; como tampoco hay verdad general, prácticamente hablando. No existen sino libertades particulares, individuales. No es posible escapar a ciertas contingencias. No se puede ser libre, por ejemplo, de no respirar, de no asimilar y desasimilar... La Libertad, como la Verdad, la Pureza, la Bondad, la Igualdad, no es más que una abstracción. Y una abstracción no puede ser un objetivo.

Considerada, al contrario, desde un punto de vista particular, dejando de ser una abstracción, tornándose una vía, un medio, la libertad se comprende. En este sentido, se reclama la libertad de pensar, es decir, de poder, sin ningún obstáculo exterior, expresar de palabra o por escrito los pensamientos de la forma que se presentan ante el espíritu. Es precisamente porque sólo existen las libertades particulares por lo que podemos, saliendo del dominio de lo abstracto, colocarnos sobre un terreno sólido y afirmar que “nuestras necesidades y nuestros deseos” - mejor que “nuestros derechos”, expresión abstracta y arbitraria-, han sido rechazados, mutilados o encubiertos por autoridades de diversos órdenes.

Vida intelectual, vida artística, vida económica, vida sexual: los individualistas reclaman para ellas la libertad de manifestarse plenamente, según los individuos, a tenor de su libertad, fuera de las concepciones legalistas y de los prejuicios de orden religioso o civil. Reclaman para ellas, consideradas como inmensos ríos por donde se vierte la actividad humana, que puedan resbalar sin ningún obstáculo; sin que las esclusas del moralismo y el tradicionalismo atormenten o enloden su caudal. Mejor aún, sin que perturben las libertades con sus errores impetuosos, con sus

nerviosos sobresaltos, con sus impulsivos retrocesos. Entre la vida al aire libre y la vida de bodega, elegimos la vida al aire libre.

¿QUÉ ES EL AMOR?

El amor es uno de los aspectos de la vida, y el más difícil de definir, porque son muy diversos los puntos de vista desde los cuales se puede considerar. Algunas veces llaman amor a la satisfacción de la necesidad sexual, a una emoción, a una sensación que escapa a la reflexión; otras veces a un sentimiento que nace de la necesidad espiritual de camaradería íntima y afectuosa, de amistad profunda y persistente. Otras veces es aún, además de todo esto, un acto reflexivo de voluntad del que se presume haber ponderado las consecuencias. El amor es también una experiencia de la vida personal: aquí, experiencia impulsiva, capricho puro; allá, experiencia que puede prolongarse muchos años o toda una vida.

Aunque el amor no escapa al análisis más que los otros dominios de la actividad humana, su análisis presenta dificultades. El amor se sitúa “más allá del bien y del mal”. Algunos lo pintan “enfant de Bohème”; otros le atribuyen “razones que la razón ignora”; muchos lo consideran “más fuerte que la muerte”. Es, esencialmente, de naturaleza individual. Si es sentimiento, también es pasión. Cuando se vuelve el resorte de una vida afectiva intensa -sentimiento o pasión- influye sobre el carácter, despierta el espíritu, conduce hasta el “heroísmo”; pero trae de la misma forma el desaliento, la tristeza, el sombrío desasosiego. En fin, si el razonamiento y la voluntad pueden, en ciertos casos, canalizar, encauzar la expansión, no quitan por eso al amor su carácter de sentimiento o de pasión.

Las cosas están determinadas de tal modo que el género humano se halla compuesto de seres de sexos diferentes cuya aproximación es indispensable para perpetuar la raza.

Hasta el día en que se pueda fabricar seres -sin sexo, cabe esperar- en los laboratorios de biología, esta indispensabilidad continuará, y como el alba de este día podría tardar demasiado en brillar, sería acaso necesario no tenerlo muy en cuenta para nuestras conclusiones.

Pero no solamente la continuación de la especie humana está ligada a la atracción de ambos sexos: la naturaleza ha hecho que los dos sexos se atraigan mutuamente y que el acto sexual sea el manantial de una felicidad voluptuosa que el ascetismo depravado y el puritanismo farisaico intentan deshonar o tachar de infamia, pero que no lograrán nunca hacerla considerar como malsana, en tanto forme parte de la naturaleza humana.

El hecho mismo de que la procreación pueda ser voluntaria y que su ejercicio sea consecuencia de la libre elección de la mujer no suprime en nada esa atracción sexual.

Los sexos se atraen mutuamente, se buscan naturalmente, normalmente: este es el hecho original, primordial, la base fundamental de las relaciones entre las dos mitades del género humano.

Por otro lado, es una locura querer reducir el amor a una ecuación o limitarlo a una forma única de expresión. Aquellos que lo intentaron se dieron cuenta bien pronto de que habían equivocado el camino. La experiencia amorosa no conoce fronteras. Varía de individuo a individuo.

EL AMBIENTE SOCIAL Y LAS RELACIONES SEXUALES

Sensuales, sentimentales o afectivas, se imprime a las relaciones sexuales una gran duplicidad. Se afecta conocer solamente una especie de amor: el legal, es decir, la unión para toda la vida de dos seres que antes del “matrimonio” no se conocían, que disimulan su verdadero carácter y

que, a pesar de la posibilidad del divorcio, difícilmente podrían separarse sin graves inconvenientes económicos o sociales.

La unión libre misma se diferencia muy poco del casamiento cuando se acomoda a las costumbres. Por respeto a las conveniencias, gran número de individuos “volubles” por naturaleza, deben parecer “constantes”. De ahí, cohabitaciones que resultan verdaderas torturas y refugios de hipocresía doméstica. De ahí un refinamiento de bajezas por parte de los cónyuges, que se esfuerzan por ocultarse uno al otro su verdadero temperamento, tramando intrigas que, para ser llevadas a cabo, requieren la mentira permanente. Como consecuencia: disminución del carácter, reducción general de la personalidad.

¿Hay algo menos normal que las consecuencias prácticas, en la vida de algunas mujeres, de concepciones tales como la castidad y la pureza sexual? ¿La infamia, aceptada por todos, que tolera dos morales sexuales, una para la mujer y otra para el hombre? ¿Existe un dominio donde la mujer sea más esclava, donde se la haga más ignorante y sea puesta más pesadamente bajo el yugo?

Toda sociedad legal y obligatoriamente constituida no puede ser sino hostil al amor irregular. Para considerar el modo de expresión normal del amor, la atracción sexual natural, es necesario que la preocupación acerca de la anatomía individual predomine sobre todas las demás.

Al amor esclavo, la única forma de amor que pueden conocer las sociedades autoritarias, el individualista anárquico opone el amor libre. A la dependencia sexual, es decir, al concepto dominante que exige que la mujer sea, la mayoría de las veces, nada más que carne de placer, el individualista opone la libertad sexual; dicho de otra manera: la facultad para los individuos de ambos sexos de disponer a su antojo de su vida sexual, de determinarla según los deseos y las aspiraciones de su temperamento sensual o sentimental.

TEORÍA DE LA LIBERTAD SEXUAL

Cuando los individualistas reivindican la libertad sexual, ¿qué quieren decir? ¿Es la “libertad de la violación” o de la depravación que reclaman? ¿Aspiran al exterminio del sentimiento en materia amorosa, a la desaparición de la ternura o del afecto? ¿Glorifican, acaso, la promiscuidad inconsciente o la satisfacción bestialmente sexual? No, cuando reclaman libertad sexual quieren sencillamente que todo individuo pueda disponer a su antojo y durante todas las circunstancias de su vida sexual -según el temperamento, sentimiento o razón propias-. Atención: su vida sexual, que no implica la de los otros. No reclaman, tampoco, una libertad sexual ajena a la educación sexual. Creen por el contrario que, gradualmente, en el período que precede a la pubertad, el ser humano no debe ignorar nada de lo que concierne a la vida sexual -en otras palabras: la atracción ineluctable de los sexos-, sea considerada desde el punto de vista sentimental, emocional o fisiológico.

Así, “libertad de la vida sexual” no es sinónimo de “perversión” o de “pérdida de la sensibilidad sexual”. La libertad sexual es exclusivamente de orden individual. Presupone una educación de la voluntad que permita a cada uno determinar por sí mismo el punto donde cesa de ser dueño de sus propias pasiones o inclinaciones; educación quizás mucho más instintiva de lo que parece a primera vista. Como todas las libertades, la libertad sexual requiere un esfuerzo, no ya de abstinencias -la abstinencia vital es una prueba de insuficiencia moral, al igual que la depravación es un signo de debilidad moral- sino de juicio, de discernimiento, de clasificación. En otros términos, no se trata tanto de la cantidad o del número de experiencias, como de la calidad del experimentador. Para concluir: la libertad de la vida sexual queda unida, en el sentido individualista, a la educación sexual preparatoria y la potencia de determinación individual. Julio Guesde escribía en 1873, en su Catecismo

Socialista: "Las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer, fundadas sobre el amor o la simpatía mutuas, llegarán a ser entonces tan libres, tan variables y tan múltiples como las relaciones intelectuales y morales entre individuos del mismo sexo o de sexo diferente". Nosotros, realistas, actualistas, afirmamos esa tesis de que las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer (exceptuando, como se comprende, la cuestión de los temperamentos personales), pueden ser desde ahora tan libres, tan variables, tan múltiples, como lo son o deberían serlo las relaciones intelectuales o morales entre los humanos.

LA EDUCACIÓN SEXUAL

Creemos que los espíritus de vanguardia, los emancipadores, deberían preocuparse de preconizar la educación sexual mejor de lo que lo hacen; no dejar jamás escapar la ocasión de propagar y de afirmar su importancia. No solamente el ser humano debe conocer qué delicias - sentimentales, emocionales, físicas- nos reserva la vida sexual, sino también qué responsabilidades implica. Una educación sexual seria no debería ignorar el problema de la procreación voluntaria o la tesis que expone aquello de que "es a la mujer a quien pertenece elegir el momento de la concepción...". O aún esta opinión extrema: "en una sociedad que no ha puesto a sus mujeres en estado de evitar una maternidad no deseada, ellas tendrían el perfecto derecho de abandonar su prole a los cuidados de la colectividad". O, en fin, las precauciones a tomar para evitar los peligros temibles de las contaminaciones venéreas. La propaganda de la libertad del amor es indispensable para conducir a cada uno a la reflexión seria sobre este costado de la existencia, comúnmente velado por el misterio o tratado demasiado a la ligera.

Los individualistas no separan "libertad de vida sexual" de "educación sexual". Y conviene que el que sepa instruya al que ignore. Es de una lealtad elemental.

Contrariamente a los prejuicios de orden religioso o civil, los individualistas consideran la cuestión de las relaciones sexuales del mismo modo que la cuestión intelectual o cualquier otra cuestión. No excluyen la voluptuosidad sexual de las experiencias de la vida: la colocan sobre el mismo plano que la voluptuosidad intelectual (artística, literaria, etcétera), que la voluptuosidad moral o la voluptuosidad económica.

Cuando los individualistas reivindican la libertad de la vida sexual - en todas las circunstancias: tanto fuera como dentro de la unión-, no se pronuncian ni a favor ni en contra de la unicidad o la pluralidad en el amor. Dogmatizar en un sentido o en el otro es igualmente antiindividualista.

Los individualistas piden que no se califique de más o menos legítima, de superior o de inferior, la experiencia amorosa, según sea simple o plural. Reclaman que se instruya de todas estas cosas a todos los seres, y que el padre, la madre o el compañero no aprovechen su situación privilegiada para mantenerla ocultas ante quienes tienen una obligada confianza en ellos. A cada uno de los instruidos corresponde determinar su vida sexual como le plazca, variar las experiencias o quedarse con una sola; en una palabra "disponer a su antojo".

Haciendo penetrar en las experiencias de la vida cotidiana los fenómenos afectivos, los individualistas no quieren disminuir la importancia del factor "amor" en la evolución de la existencia humana.

Ciertas desilusiones y ciertos disgustos serían ahorrados si algunos hechos de la vida, en vez de ser considerados definitivos, aparecieran como temporales, modificables, revisables: esencialmente variables. Esto que se

acepta ya desde el punto de vista científico, intelectual, desde todos los puntos de vista, no sabemos por qué no se puede aceptar desde el punto de vista sentimental, afectivo o sexual. Por otra parte, no basta con aceptar esta idea hipócritamente y practicarla clandestinamente. Los individualistas reclaman para la búsqueda y la práctica de "la libertad sexual" la misma publicidad que para las otras "libertades", convencidos de que su desarrollo y evolución se hallan ligados no solamente al crecimiento de la fidelidad individual y colectiva, sino además, en gran parte, a la desaparición del régimen autoritario.

LA EMANCIPACIÓN SENTIMENTAL

La emancipación sentimental consiste, desde nuestro punto de vista, no en negar, en inferiorizar, en desvalorizar el sentimiento (bella tontería), sino en situarlo en su lugar: el plano físico, fisiológico. En todos los medios hay demasiadas personas inclinadas a poner el sentimiento (la simpatía sexual o amorosa) en un plano metafísico. Es conveniente que el individualista se emancipe de esta ilusión. El sentimiento es la percepción que experimenta, la emoción que siente el Yo puesto en presencia de uno o varios no yo -el yo intuitivo y sentimental, el yo sexual si se quiere-. La impresión sentimental que uno o varios no yo producen puede ser más o menos impulsiva, viva, fuerte, marcada, duradera: esta impresión no es ni rústica ni inexplicable; puede ser perfectamente dilucidada, razonada, analizada. Es una manifestación de los sentidos parecida a las demás: no es ni más ni menos moral; es, simplemente, "más allá del bien y del mal".

El sentimiento es de orden individual, pero es susceptible de educación, de conversación, de cultura intensiva y extensible, como todo lo que pertenece al dominio de los sentidos, todo lo que empuja a la sensibilidad. Se puede querer ser más sentimental de lo que se es, y esto puede alcanzarse, así como se puede llegar, por medio de cuidados

apropiados, a hacer dar a un árbol o a una tierra frutos más bellos o espigas más grandes. Se puede educar con miras a ser amante, tierno, afectuoso, acariciador, como puede educarse para ser marino o asimilar una lengua extranjera. Claro está que es cuestión de temperamento; pero es también cuestión de voluntad: de reflexión, de búsqueda del goce personal.

Así, pues, desde el punto de vista sentimental, se ha emancipado todo el que hace entrar el sentimiento en su cuadro, el cuadro de las manifestaciones de la sensibilidad individual, entre los productos de la constitución vital de la personalidad. Se ha emancipado, sentimentalmente hablando, todo el que considera al sentimiento como un producto susceptible -como todos los productos de la sensibilidad humana- de perfeccionamiento, de desarrollo, de intensificación o viceversa.

LA RUPTURA

Las palabras SIEMPRE y NUNCA tienen una apariencia demasiado dogmática para formar parte del vocabulario individualista.

La experiencia de camaradería amorosa comienza en el momento en que dos seres se gustan, si no en detalle, al menos a grosso modo. Generalmente esto ocurre sin preocuparse del porvenir, y puede también producirse después de una larga reflexión. Puede tener lugar cuando uno ama en general y el otro desea en particular. Desde el momento en que uno de los participantes declara de antemano que no considera la experiencia amorosa como un capricho, el ensayo se prolonga bastante tiempo para saber realmente si se está o no de acuerdo. Entre nosotros existe demasiado espíritu científico para sacar una conclusión de un encuentro fortuito. Sabemos perfectamente que, del mismo modo que una golondrina

no hace la primavera, una o dos horas de amor tampoco revelan todo lo que sus protagonistas son capaces de manifestar.

Teóricamente, la experiencia amorosa puede durar una hora, un día, diez años. Puede durar el espacio de un instante o prolongarse una vida entera. Prácticamente, ella cesa cuando los que la vivieron están de acuerdo en ponerle fin, o cuando el que manifiesta el deseo de interrumpirla obtuvo la adhesión sincera de su coexperimentador. Imponer a un compañero la ruptura de la experiencia amorosa es un acto de autoridad -voluntario o no-, como también es un acto de autoridad imponer el fin de la cohabitación. Hacer aceptar una ruptura amorosa requiere un tacto refinado, una delicadeza extrema, precauciones varias. Las palabras perversas, las insinuaciones malévolas, los reproches agrios son armas a las que los individualistas no acudirán jamás. Su mayor preocupación será evitar el sufrimiento de los que pretenden abandonar. La práctica del amor plural permite, además, la prolongación de la experiencia amorosa y evita toda brusquedad. De cualquier forma, siempre es entre compañeros que se pone fin a la experiencia amorosa: sin ofensa, con dulzura; entre compañeros dispuestos a volver a empezar mañana, si fuera el caso. Entre nosotros ninguna experiencia, de ninguna clase, se acaba definitivamente.

Las naturalezas inconstantes, si se declaran enseguida, dan oportunidad a los que temen sufrir de saber cómo comportarse, a qué atenerse. De tal modo, no hay posibilidad de disimulo, de fraude, de engaño. Un compañero puede amar, por ejemplo, a "A" con intención de prolongar la experiencia amorosa y vivir juntos; amar a "B" con el mismo espíritu pero excluyendo la cohabitación; y a "C" y "D" por puro capricho. Lo que importa es dar a conocer las propias intenciones.

Si para los individualistas imponer la ruptura en materia amorosa puede considerarse una función de la conservación de la independencia de la personalidad, esa ruptura no puede efectuarse en perjuicio del

compañero al que se le impone. Algunos individualistas llegan a sostener que aquel que desea el alejamiento debe asegurarse de que el otro haya encontrado un equivalente a la pérdida o, caso contrario, procurárselo. El método de la equivalencia, dicen ellos, es el único científico: responde a la idea de la compensación de las energías. Cierra el camino a la arbitrariedad. Sin él, el elemento compensador estalla en las "represalias", inadmisibles entre buenos compañeros.

Dicho esto, es claro que, en último análisis, resulta cómodo imponer una ruptura. Pero no todas las personas reaccionan de la misma manera. Algunos aceptan la situación sin objeciones y otros se sienten empujados a presentar y hacer valer consideraciones de naturaleza particular. Estos últimos pueden alimentar la profunda convicción de que su amado se halla bajo el imperio de una influencia extraña o retrógrada. El individualista podrá defender su causa ante el compañero, y éste atenderá sus argumentos; examinará si éstos no son capaces de hacer modificar su decisión. El individualista podrá esforzarse en persuadir; si se siente empujado por su determinismo, volverá a la carga; insistirá, como hace con la propaganda cotidiana para atraer a los demás a las ideas que profesa. Y de esta insistencia no debemos extrañarnos.

Pero en ningún caso el que quiere imponer la ruptura y el que se opone recurrirán a la sanción legal o a la violencia física. El empleo de uno u otro de estos expedientes los excluirá ipso facto del medio individualista anárquico.

PASTILLAS DE LIMON

AFORISMOS

Hasta las nueve y cuarto, usted encontraba a la persona con quien había cohabitado durante tanto tiempo dotada de toda clase de atributos y cualidades sin rival; al escucharle, se diría la encarnación de un ideal, casi un ángel enviado desde el cielo para acompañarle y hacerle soportable la existencia terrestre. A las nueve y veinte se entera de que este ser único, extraordinario, perfección de perfecciones, ha dormido con alguien más -ayer, o la semana pasada, o hace un mes, o seis meses o hasta un año-. A las nueve y veinticinco -se necesitan cinco minutos para volver en sí- esta perfección de perfecciones se ha trocado para usted en un monstruo, quizá el más repugnante que la tierra haya encerrado; su presencia se le hace de repente odiosa, y para contrarrestar la buena nueva no ve otro recurso que abandonar para siempre el techo bajo el cual han vivido juntos tantas horas de gozo y de aflicción.

Yo no sé en qué razones de orden moral -laicas, jurídicas o religiosas- pueda usted basarse; mas en cuanto a mí, le declaro francamente que no puedo concebir su conducta de otra forma que dictada por tres móviles: la ignorancia, la maldad o la demencia. Ahora bien, yo no deseo la compañía de ignorantes, malvados o dementes.

Seré cínico. Mantengo que la procacidad sexual -que nada tiene que ver con la libertad sexual- no produciría, si llegara a universalizarse, más males y miserias que la manera de concebir el matrimonio actual.

Por ser partidarios de la libertad sexual, el burgués nos juzga indiferentes, insensibles, vacunados contra el dolor o la pena resultante de la incomprensión, equivocaciones, rupturas, separaciones. Y esto es conocernos mal. Aunque debiéramos pasar por los sufrimientos más atroces, ser crucificados sentimentalmente, no queremos dictaduras en materia amorosa como no las queremos en materia política, económica,

moral, intelectual; y no aceptamos en el dominio del amor la potestad del hombre sobre la mujer, como tampoco la de la mujer sobre el hombre.

Al tratarse de asociacionismo o de camaradería en el dominio intelectual, económico, científico o recreativo, todos los anarquistas o cada uno de ellos presentan sus proyectos, planes y sugerencias. Al tratarse de asociacionismo en materia sexual o de camaradería amorosa, los semblantes se ven apesadumbrados, los compañeros nos miran como a invasor inoportuno, las compañeras como a un depravado.

El nacionalismo, el chauvinismo o la patriotería, la belicosidad, la explotación y la dominación se encuentran en germen en los celos, en el acopio, en el exclusivismo amoroso, en la fidelidad conyugal. La moralidad sexual aprovecha siempre a los partidos retrógrados, al conservadurismo social. Moraliteísmo y autoritarismo están enlazados uno a otro como la hiedra al roble.

No es que quiera la muerte del amor, pero tengo miedo del amor muerto. A éste opongo el amor que vive, el que rompe las cadenas del prejuicio, echa abajo el antifaz del pudor, sale al paso con desdén; el amor por encima del bien y el mal, desembridado, suelto y desenfrenado, ebrio, afrodisíaco, silénico, plural, generoso, que no se niega. Lo opongo al amor pálido, achinelado, limitado, escaso, timorato, ignorante de la pasión y la aventura, pegado a la unicidad como un caracol a su concha, mezquino y que no se da porque es poco lo que puede ofrecer.

“Respetables” en materia de anarquía, al encontrarse se han mirado y susurrado: pornógrafo. Los pornógrafos, amigos míos, son aquellos que no pueden oír hablar de sexualismo, leer una descripción erótica o sentirse presa del deseo amoroso sin que esto les repugne, sin experimentar un sentimiento de repulsión. Los pornógrafos son aquellos que se sienten asaltados en su interior cuando una nuca fresca, una garganta palpitante, una piel fina, unas caderas torneadas hacen bullir su sangre. Los

pornógrafos son aquellos que se creen bajo el imperio del pecado cuando ante sus ojos pasa alguna visión de lujuria. ¡Ay, los impuros! ¡Ay, los esclavos!

La pareja que ignora “los amores laterales” termina por compenetrarse en la manera de ver las cosas, de sentir, hasta en las manías de uno y otro. Aquí su individualidad desaparece, su personalidad se anonada, se quedan sin iniciativa propia. Llegan a temer de tal forma a experiencia por sí misma que, anarquistas verbales, apenas si su vida difiere de la de los conservadores sociales más acabados.

Para mí la cuestión primordial es saber: la propaganda en favor del pluralismo amoroso, la conquista de la facultad de amar pluralmente, en su triple forma intelectual, sentimental y carnal, ¿no valora más la unidad humana? ¿Es que si acaso el individuo se permite conocer a otros más íntimamente, dejarse conocer más íntimamente por otros, no resplandece más ampliamente, no vibra con más intensidad, no aprecia con más holgura de espíritu los esfuerzos de sus camaradas, no se vuelve menos pobre, menos corto, menos mezquino en los contactos que determina la vida cotidiana? He ahí lo que a mí me interesa como realizador anarquista convencido de que la indigencia sentimental, la pobreza de lustre amoroso y el dogmatismo conyugal constituyen terrenos excelentes para el cultivo del espíritu ortodoxo o arquista.

No sé por qué la búsqueda de un placer sentimental por la satisfacción que pueda procurar, los refinamientos en el goce amoroso por el deleite que puedan dispensar, son considerados por algunos individualistas (!) como menos puros, menos elevados y hasta menos nobles que ir tras el placer intelectual por el contento cerebral que pudiera proporcionar. No comprendo cómo un anarquista se las arreglaría para componer una lista jerárquica de los diferentes goces: catalogar este gesto, catalogar tal o cual parte corporal como digna o indigna. Sin duda soy un

gran “perverso” -a menos que no sea muy “puro”-; mas no llego a ver la menor diferencia cualitativa entre la mejilla o las nalgas de un hombre o de una mujer. No comprendo, pues, por qué ha de estar “bien” para los anarquistas descubrir las mejillas y “mal” poner las nalgas al desnudo.

No comprendo por qué entre algunos anarquistas es “elevado” el placer que se experimenta escuchando la bella música y “vil” el placer por el que nos guste sentir la carne estremecerse al contacto de nuestros besos. ¿Cómo podrá hacerse acordar una concepción anárquica de la vida y una jerarquía de las sensaciones? Esto es lo que yo no alcanzo a entender.

¿Qué se entiende por camaradería amorosa? Una concepción de asociación voluntaria que engloba las manifestaciones amorosas, los gestos pasionales y voluptuosos. Es una comprensión más completa del compañerismo que el que sólo comporta camaradería intelectual o económica. Nosotros no decimos que la camaradería amorosa es una forma más elevada, más noble, más pura; decimos simplemente que es una forma más completa de compañerismo. Toda camaradería que comprende tres, es, se diga lo se quiera, más completa de la que solamente comprende dos.

Individualistas, anarquistas materialistas y deterministas, dicen o escriben que ir tras el goce por el goce, el placer por el placer, es una equivocación, una ilusión. Nada espero después de la muerte, lo reitero, y no considero ni como una equivocación ni como una ilusión contemplar, al borde del mar, oír el murmullo de la ciudad; en un vergel, hacer crujir las manzanas a dentelladas. No considero tampoco una ilusión ni un engaño sentir en mis labios la presión de los labios de una mujer. Mi vida es demasiado corta -como la tuya- para que renuncie a la ocasión que se presenta de gozar de quien se ofrece, o provocar la oportunidad si fuera necesario.

Oigo decir que la monogamia es superior a otra forma cualquiera de unión sexual. Diferente, sí; superior, no. La historia nos muestra que los pueblos no monógamos en nada ceden, en cuanto a literatura o ciencia se refiere, a los monógamos. Los griegos eran disolutos, incestuosos, homosexuales, enaltecían a la cortesana. Observen la obra artística y filosófica que realizaron. Comparen la producción arquitectónica y científica de los árabes polígamos con la ignorancia y la tosquedad de los cristianos monógamos de la misma época. Además, no es cierto como se presume que la monogamia o la monandria sean naturales. Por el contrario, son artificiales. Donde quiera que sea, si el arquismo no interviene o da rienda suelta a su severidad (el arquismo, es decir, la ley y la policía) hay impulso a la promiscuidad sexual. Representense las bacanales, saturnales, florales de la Antigüedad -fiestas carnavalescas medievales, kermeses flamencas, clubs eróticos del siglo de los enciclopedistas-, verbenas contemporáneas. Son reacciones que pueden gustarme o no, pero reacciones al fin. Lo que pasa es que el ambiente humano aguanta con mucho trabajo la sujeción monogámica o monándrica, y esa forma de unión sexual no es más que exterior. Esa es la verdad.

Yo no niego -no ha habido nadie que lo niegue- que la monogamia conviene a ciertos -pongamos muchos- temperamentos. Mas basándome en el estudio que he hecho de estas cuestiones, me reservo proclamar que la monogamia o la monandria empobrece la personalidad sentimental, estrecha el horizonte analítico y el campo de adquisición de las personas.

Practicar la “camaradería amorosa” quiere decir para mí ser un camarada más íntimo, más completo, más próximo. Y por el mero hecho de estar ligado por la práctica de la camaradería amorosa a tu compañero o tu compañera, tú serás para mí una o un camarada más cercano, más alter ego, más querido. Entiendo además servirme de la atracción sexual como

de una panacea de compañerismo más amplia, más acentuada. Tampoco he dicho nunca que esta ética estuviese al alcance de todas las mentalidades.

Se nos dice que es necesario indicar a qué puerto ha de ir a parar el individualista anarquista que se lanza al océano de la diversidad de las formas de vida sentimental o sexual. El medio individualista anarquista al que yo pertenezco sustenta otro punto de vista. Nosotros pensamos que es a posteriori y no a priori, según la experiencia, la comparación, el examen personal, que el individualista debe decidirse por una forma de vida sexual antes que otra. Nuestra iniciativa y criterio existen para que nos sirvamos de ellos sin dejarnos disminuir por la diversidad o pluralidad de las experiencias. La tentativa, el ensayo, la aventura NO NOS DA MIEDO. Embarcarse trae consigo riesgos que conviene calcular, hay que mirar bien de frente antes de tomar el barco. Una vez sobre el mar, ya veremos por dónde empuja el viento; lo esencial es que fijemos los ojos en la brújula a fin de quedar con la completa lucidez, aptos siempre *a faire le point*. Calcular dónde estamos. Consideramos la vida como una experiencia, y queremos la experiencia por la experiencia misma.

MALES MAYORES

La castidad

Vale la pena analizar el prejuicio de la castidad por el apoyo que proporciona a la concepción estatista y autoritaria del medio social actual. Doy el nombre de “prejuicio” a la castidad porque, colocándonos desde el punto de vista de la razón y de la higiene biológica, es absurdo que un hombre o una mujer imponga silencio al funcionamiento de una parte de su organismo, renuncie a los placeres o gustos que este funcionamiento puede procurar, rehúse necesidades que son las más naturales. Desde este punto de vista, se puede atrevidamente afirmar que la práctica de la castidad, la observancia de la abstinencia sexual es una anormalidad, un expediente contra natura.

En una revista inglesa, ya desaparecida, “The Free Review”, una mujer, Hope Clare, describió en términos sorprendentes las consecuencias de la castidad sobre la salud del elemento femenino de la humanidad: “Diariamente se nos facilitan pruebas de los males físicos que engendra una virginidad larga o constante. La falta de uso debilita, trastorna todo órgano. Sólo los constituyentes pervertidos de las civilizaciones en decadencia se vedan el ejercicio de las funciones sexuales... Los primitivos son a este respecto mucho más sensatos que los civilizados. La naturaleza castiga con el mismo rigor tanto el abuso como la abstinencia. ¿Es realmente imparcial el asunto? Un disoluto puede pasar por una larga carrera de intemperancia sin que por ello su salud se resienta mucho; pero la virgen no sale tan fácil de los inconvenientes. El histerismo, la forma más conocida de enfermedad crónica, es el resultado casi inevitable del celibato absoluto. Se le encuentra con bastante más frecuencia en la mujer que en el hombre, y los especialistas más expertos están de acuerdo en reconocer que nueve veces de diez la continencia es la primera causa de esta afección. La menstruación, de importancia tan grande en la vida de una mujer, no se efectúa sin perturbaciones entre las vírgenes. Muy a

menudo viene acompañada de padecimientos. El desarreglo tan profundo de la salud que se ceba en numerosas solteras no tiene otra razón de ser, llegando a originar gravísimas inflamaciones de los órganos de la reproducción. El estado de célibe es morboso: predispone el cuerpo a la enfermedad y al padecimiento. La anemia, la clorosis, son los resultados frecuentes de la virginidad continua. Cada día se cruza uno por las calles con las víctimas de esta violación de la naturaleza, fáciles de reconocer por sus rostros pálidos o amarillentos, ojos hundidos, miradas sin calor, paso flemático, sin agilidad. Se asemejan a flores marchitando prematuramente por la falta de un sol vivificante, pero que se abrirían si a tiempo fueran transportadas a una atmósfera de amor...”

Estas líneas justifican con plenitud el calificativo de “prejuicio” aplicado a la castidad. Este puede ser examinado tanto desde el punto de vista religioso como civil.

Los religiosos de la antigüedad consagraban al culto de sus dioses un cierto número de sacerdotes y sacerdotisas que hacían voto de no tener relaciones sexuales con nadie, y la violación de este voto se castigaba con atroces sanciones. Es evidente que la importancia que ocupa la vida amorosa en la existencia de los hombre los aleja de los “deberes” para con la Divinidad, les crea obligaciones y les procura distracciones que van en perjuicio del culto que las entidades religiosas se ven en el caso de exigir a sus criaturas. Lo natural fastidia siempre a lo espiritual, lo físico a lo metafísico. Esta es la razón por la que los místicos consideran los gestos sexuales y el amor en general como llevando en sí un elemento de impureza, porque un “pecado” -el pecado por excelencia- hace bajar, establece el cielo sobre la tierra, lo divino en lo humano. Esta idea llega a su apogeo sobre todo el cristianismo: el amor sexual, carnal, es el pecado, y a título tal, desagradable a la santidad de la Divinidad. Además, el fundador, supuesto o real, del cristianismo, es un célibe, o, al menos, como tal nos lo presentan. El apóstol San Pablo, el gran propagandista cristiano,

ve muy bien que, como último recurso, es mejor ceder al impulso sexual, es decir casarse, que “abrasarse”, pero a los ojos de Dios el estado de virginidad es lo más recomendable. Como es necesario otorgar a “la obra de la carne”, aunque sólo sea para asegurar la prolongación de la especie se autoriza en “matrimonio solamente”, y entonces el matrimonio llega a ser un sacramento, la unión de dos cuerpos y dos almas a un mismo tiempo; una unión basada en los votos perpetuos de fidelidad sexual, bendecida por el representante terrestre de la Divinidad y con el único fin de la procreación.

La concepción civil del matrimonio es una traducción laica de la idea religiosa. El oficial de estado civil no ejerce más que la simple función del sacerdote laico. Hasta que el magistrado no haya sancionado las relaciones sexuales por medio del matrimonio, el ciudadano debe, teóricamente, permanecer casto. Si se conduce de otra forma está expuesto a la desconsideración del medio social, especialmente en lo que se refiere a las damas. El Estado tiene, en efecto, un gran interés por que las relaciones sexuales tengan como corolario el establecimiento de la familia, porque ésta es la imagen reducida de la sociedad autoritaria. Autorizados por leyes al respecto, los padres imponen a los seres que han echado al mundo -sin consultarles- un contrato cuyos términos les está prohibido discutir y que contiene en germen todo el contrato social: es en familia que el niño aprende a obedecer sin discutir, sin criticar, que se pone en la necesidad de contentarse con respuestas evasivas o sin respuesta alguna cuando pide una explicación cualquiera; es en familia que se inculca al niño el interés de ser un colegial aplicado, buen soldado, trabajador, buen ciudadano. Cuando este niño deja la familia para fundar una nueva, posee ya todas las cualidades que se requieren para ser dominado o dominar, ser explotado o explotar. Es decir, ser un buen sostén del Estado.

Ahora bien, la castidad en que se ha mantenido a la mujer y en la que ella misma se ha sostenido, la ha predispuesto admirablemente a

representar su papel de buena madre de familia, de buena educadora, de buena ciudadana. Desde el momento en que lo natural está para minar o poner en peligro lo artificial, hay que renunciar a lo natural sujetándose a lo artificial. A esto conduce la práctica de la castidad en la mujer.

Allí donde el prejuicio de la castidad ha desaparecido, en lo individual como en lo colectivo, los otros prejuicios antinaturales sobre los que reposan las convenciones sociales no tardarán en desplomarse. La prostitución se resquebraja igualmente si el medio social no se encuentra en la necesidad de consagrar una parte más o menos grande de su población a satisfacer las existencias anormales.

Los celos

Los sentimientos se hallan sujetos a enfermedades, al igual que todas las facultades o funciones lesionadas o desgastadas. La indigestión es una enfermedad de la función nutritiva llevada al exceso. El cansancio es el surmenage producido por el ejercicio. La tisis pulmonar es la enfermedad del pulmón lesionado. El sacrificio es la ampliación de la abnegación. El odio es, a menudo, una enfermedad del amor. Los celos, otra.

Los celos revisten varios aspectos. Hay celos propietarios. Es la enfermedad del amor legal, sancionado o no por el código. Uno de los cónyuges considera al otro como "su propiedad", como "cosa" suya, una "costumbre" de la que no puede escapar. Y no concibe ni que "su cosa" se retire ni que le quiten su poder. Esta forma de celo puede complicarse bajo la influencia de heridas de amor propio o agravarse bajo el imperio de consideraciones económicas.

Hay "celos sensuales" cuando uno de los participantes de la experiencia amorosa se halla "disminuido" por el cese de las relaciones amorosas que lo vinculaban con la persona que él ama todavía. Complicado

con el deseo, el padecimiento se acrecienta ante el conocimiento de que un tercero disfruta los placeres que el enfermo se había reservado para él.

Existen también los "celos sentimentales", que proceden del sentimiento de una disminución de la intimidad, un achicamiento de la amistad, un debilitamiento de la dicha. Sea o no explicable el eclipse del afecto que le produce la persona amada, el paciente siente que aquel amor del cual era objeto decrece, enferma y amenaza con apagarse. Entonces su moral y su físico se resienten. Se altera, incluso, su salud general.

Los celos sensuales o sentimentales pueden considerarse también como una reacción del instinto de conservación de la vida amorosa contra lo que amenaza su existencia.

Los "celos propietarios", que no tienen nada de interesante desde el punto de vista individualista, van ligados a la desaparición de la idea de que un ser pueda pertenecer a otro como si se tratase de un bien mueble o un objeto cualquiera. Los "celos sensuales" se curan, generalmente, en cuanto el paciente encuentra otro individuo con el cual revive emociones y sensaciones más o menos semejantes a las perdidas con el ser que lo ha dejado.

Algunos hechos demuestran que los "celos sentimentales" son de mal curar, y a veces incurables. Se han visto seres recibir tal golpe de un desengaño amoroso que toda su vida quedó alterada. Se han visto hombres que edificaron sobre un afecto toda su vida sentimental y que, habiéndolo perdido, se sintieron a tal punto desconcertados que se dieron la muerte.

Los individualistas no niegan los celos más que la fiebre. Pero si es verdad que las experiencias sexuales difieren unas de otras, ¿cómo los celos, -forma morbosa más que enfermedad de amor- pueden existir? Un individuo, sujeto u objeto de una experiencia amorosa, ¿puede lamentarse o desolarse razonablemente por carecer de cualidades, de atributos

necesarios para atraer a otro semejante? Una cosa es la experiencia sentimental, otra la experiencia sensual, y aún otra la elección de un procreador. Puede darse que el hombre que una mujer elija como procreador no sea aquel por quien ella siente su mayor afecto, y que busque en él ciertas cualidades físicas que le son indiferentes en el otro. ¿Puede uno estar razonablemente celoso del otro?

¿Se puede afirmar que, en la mujer, los celos sean prueba del amor? ¿No son, al contrario, el resultado de tantos siglos durante los cuales el sacerdote y el legislador no dejaron de repetirle que era posesión o cosa del hombre, que debía, a cambio, ser solamente suya, y que a su dueño le estaba prohibido tener a la vez dos cosas de su misma especie?

Si es cierto que el amor, una vez apagado, no vuelve a encenderse, no se puede negar que no haya dureza y hasta crueldad en abandonar al aislamiento y al dolor al ser que ama sinceramente y al cual se dio el motivo para contar con ser retribuido en su sentimiento. Casi siempre - cuando se trata de hombres conscientes, que hacen intervenir, en sus experiencias afectivas, la reflexión y la voluntad-, una explicación leal, seria, hace desaparecer las causas de la enfermedad.

Cuando el amor ha desaparecido realmente, la curación se obtiene con el razonamiento más que con la piedad. La piedad -que no hay que confundir con la benevolencia- es uno de esos remedios inciertos y equívocos que, en lugar de curar las enfermedades, las perpetúan.

Con frecuencia encontramos en la sociedad desgraciados que recurren a la violencia o a la intimidación para conservar el amor de quien pretenden amar. Cabe preguntarse qué puede quedar de un afecto que se prolonga bajo la amenaza del revólver. No se comprende qué puede ganar quien mata a la persona amada. Sin premeditación, es un gesto de locura; premeditado, es una venganza. Ahora bien, sobre todo en el dominio de las cosas del corazón, la venganza es una acción vil.

A los "celosos convencidos", que afirman que los celos son una función del amor, los individualistas les recuerdan que el amor, en su sentido más elevado, puede también consistir en "querer, por encima de todo, la felicidad de quien se ama", en encontrar "la propia alegría en la máxima realización de la personalidad del objeto amado". Este pensamiento, en quienes lo comparten y alimentan, termina casi siempre por curar los "celos sentimentales".

En el fondo existe el temor de que estos diversos medios de emoción sean meros paliativos y no curen el mal más que superficialmente. En amor, como en todo lo demás, es la abundancia lo que aniquila los celos y la envidia. He aquí por qué la fórmula del amor en libertad, todos a todas, todas a todos, está llamada a ser la preferida del medio anarquista.

La coquetería en el amor

Tengo horror de la coquetería en el amor. Y no me simpatiza la mujer que, aún deseosa, se deja desear. Una resistencia prolongada me hiela la sangre y me alejo definitivamente cuando entran en juego las maniobras destinadas a enmascarar la agudeza de la necesidad sexual. Ni la ingenuidad ni el conocimiento son excusas suficientes para mí. Si no considerase el respeto y la estima como valores en desuso, éstos le cabrían a la mujer que se da. Que se da, no que se niega o que hace mercado de sí misma. Que se da, simplemente. Sin afeites, sin astucia, sin cálculos, sin sobreentendidos, sin fines ocultos. Sin pensar la fidelidad ulterior en términos de garantía. Sin interrogar al destino. Sin preocuparse si volverá a ver alguna vez a su amante. Que se abandona. Que dona su cuerpo. Y no sólo su cuerpo, sino sus caricias, su pasión, su sensibilidad. Sin una ostentación que contrasta con la intimidad natural del amor. Pero también sin un temor pueril respecto de la buena o mala opinión que su don puede generar. Dándose. Porque ama en general o desea en particular. A quien le

gusta y a quien ella gusta. Algunas veces, juntos; otras, uno sin el otro. Por una hora, un día, diez años. Sin ninguna preocupación mezquina de estado civil o de condición social. Este es el carácter de la amante, de la verdadera enamorada. La coqueta no se dona, no se vende, no se comercia: se exhibe. Es una enamorada en frío. Es una máscara, la figura contrahecha de la verdadera amante. Es el antídoto del amor.

Caricatura burguesa del amor libre

Se encuentran, y en bastante número, "burgueses" que practican el "amor libre", o mejor dicho, su caricatura. Entre ellos, esta práctica va acompañada del flirteo, de la coquetería, de sabias maniobras destinadas a disfrazar la agudeza de la necesidad sexual. Entre ellos se miente, se aparenta, se calcula, se engaña, se alimentan intenciones recónditas. Se hace entrar en juego los intereses pecuniarios, cuando no directamente la venalidad. "Amor libre" es para ellos sinónimo de "prostitución libre", se paga en moneda al que creyó en las declaraciones de amistad o simpatía. Se manifiesta un temor pueril ante la buena o mala opinión que puede generar el "don" del propio cuerpo. Se filtra la pasión, se vierte la emoción con cuentagotas, se destila la sensibilidad. Se hace creer lo que no es. Se promete fácilmente sin tener la intención de cumplir con lo prometido; se desilusiona con maldad después de haber dado razones para ilusionarse; se quita cruelmente la palabra dada después de haber permitido crecer el afecto; se juega malignamente a ofrecerse y retacearse. Se llega incluso al punto de deleitarse con el dolor de quien está atormentado y oprimido porque se le rechaza su amor. En una palabra, se hace sufrir con la mayor indiferencia.

Obscenidad, pudor y emancipación sexual

No es extraño toparse con personas de ideas avanzadas, lectores de periódicos vanguardistas o miembros de agrupaciones extremistas que se escandalizan si se habla de sexualidad sin observar ciertas precauciones de lenguaje o de estilo. Para ellos, los órganos genitales son siempre partes "vergonzosas". No hay que extenderse demasiado sobre lo que se refiere al acto sexual y al goce que lo estimula. Olvidan que sin la atracción de la voluptuosidad no estarían en este bajo mundo. "¡Cubran ese seno!".

La vida de los sentidos desempeña un papel considerable en la existencia de los hombres. ¿Por qué ignorar su influencia? ¿Por qué no concederle, al contrario, el lugar que le pertenece? La verdadera emancipación sexual consiste en insistir sobre este punto: que los deseos sexuales son algo natural y que perderán su carácter de anomalía cuando se hable y se escriba a plena luz sobre las experiencias, las satisfacciones y los refinamientos a los cuales pueden conducir.

La obscenidad consiste en la intriga, en las "puertas cerradas" que rodean las variadas manifestaciones de la vida sexual.

No se puede concebir que haya algo de malsano en contemplar el espectáculo de un acoplamiento de dos seres o las caricias que se prodigan. No es más perjudicial que contemplar un cuadro que representa un labrador que siembra un campo, o a los vendimiadores en su tarea. Lo malsano es el prejuicio que quiere que estos espectáculos se escondan bajo el mantel y se hagan circular furtivamente.

¿Qué es, por otra parte, el pudor? ¿Qué es la obscenidad? El diccionario define "obscenidad": lo que es contrario al pudor; y "pudor": el sentimiento de "temor o timidez que hace sentir aquello relativo al sexo". Esta definición vuelve a decir que la obscenidad es de orden puramente convencional, y que un libro, un espectáculo, un grabado, una conversación pierden todo carácter de obscenidad cuando la persona que lee, mira,

percibe u oye, no siente, cumpliendo estas acciones, "ni temor, ni sentimiento de timidez".

Entonces la obscenidad no reside en el objeto que se mira, en el escrito que se lee, en los hábitos que se llevan, en las palabras que se escucha, sino, en todo caso -si la hay- está en quien observa, examina, oye. No hay más obscenidad en el volumen que detalla el acto amoroso o en el vestido que deja entrever ciertas partes del cuerpo, que en el espectáculo que ofrece el pavo real haciendo la rueda, o la amapola que se alza en medio de un cesto de flores; no la hay más que en la lectura de un manual de álgebra o en la audición de una opereta.

En todos los dominios, la expresión y el espectáculo suscitan deseo. No es más "obsceno" el deseo de poseer a una mujer cuya falda permite ver una pierna bien torneada que el de codiciar algunas confituras, que mirar con fruición un árbol cargado de excelente fruto o instalar un corral de aves después haber observado a una gallina poner su huevo. Son asociaciones de ideas completamente normales.

La escotadura de un talle, la botamanga de un pantalón, la adherencia de un maillot a la piel y la desnudez de un cuerpo humano no tienen nada de reprensivo en sí. No sólo no siento desarrollarse en mí ninguna clase de repulsión, de temor o timidez, sino que jamás noté rastro de tal sentimiento en las personas de inteligencia normal. He hallado gente a la que no agradaba la ausencia de "pudor" en los espectáculos, pero nunca hallé quien pudiera demostrarme que un espectáculo o una expresión sean obscenos por sí mismos.

La obscenidad es un sentimiento puramente relativo al individuo que se siente herido o escandalizado. Objetivamente, no vive fuera de él. Es decir, ella no existe, de la misma forma en que no existe el pudor. El seno de Dorine no es impúdico: es Tartufo quien pretende ver en él la impudicia. Luego Tartufo es un hipócrita. Dada la mentalidad jesuítica de nuestros

medios sociales contemporáneos, se puede apostar que el noventa y nueve por ciento de los que censuran o denuncian con mayor vehemencia las lecturas, los espectáculos y los gestos "impúdicos", no padecen ningún "sentimiento de temor, ni de timidez" ante los pensamientos que éstos les pueden sugerir. Son unos hipócritas, como Tartufo, su modelo.

El estímulo sexual no es peor que el estímulo clásico, matemático, literario, artístico. Existe una infinidad de libros que tratan, con profusión de detalles, de las combinaciones y refinamientos a que puede dar lugar la práctica de las ciencias exactas o las bellas artes. ¿Por qué no hay cursos de voluptuosidad amo-rosa, orales y escritos, donde fuesen enseñadas todas las combinaciones a que puede dar lugar la práctica de las relaciones amorosas? Como estos cursos no circulan ad libitum, la descripción de prácticas voluptuosas se considera obscena. Y no por otra razón.

Los parásitos

Encontramos en la vida dos tipos de hombres que repudian el esfuerzo, unos por interés, otros porque no son aptos. Los primeros son los "parásitos" -los que no trabajan-, es decir, los que quieren vivir aprovechando el trabajo de otros, no tanto por su incapacidad para el esfuerzo sino porque les resulta más cómodo, menos fatigoso, dejarse arrullar por el dulce far niente. El parásito no es solamente el acomodado, el que vive de renta o el afortunado heredero: se lo encuentra en cada etapa de la vida y en todos los campos de la actividad humana. Opera en todos los ambientes. Proteiforme, tiene mil nombres diferentes: tanto como vagabundo puede ser poeta, artista, propagandista, operario sin trabajo, trabajador especializado y quizás laborioso. Pero se puede ser todo eso sin ser de ningún modo parásito. Razón por la cual el parásito es difícil de desenmascarar. Con un poco de habilidad se alcanza a reconocerlo: su trabajo está hecho de plagios, su actividad y su propaganda están plagadas

de lugares comunes y de masticaduras ajenas. Parásito es también -no lo olvidemos- el proletario que aprovecha los esfuerzos de los demás para mejorar su propia suerte, guardándose bien de tomar parte en la lucha.

Parásitos, lo confesamos, somos un poco todos. Pero, en un sentido general, ¿qué cosa, de todo lo que existe, no es parásita de la Tierra? Y la vida planetaria ¿no es ella misma un parasitismo? Nosotros aprovechamos, claro, las conquistas de nuestros predecesores, pasamos a través de las brechas que ellos nos abrieron, nutrimos nuestros cerebros con sus ideas. Si nos limitamos a eso, no somos más que vulgares parásitos; y en ese caso haríamos mucho mejor si nos calláramos y nos recluyéramos en nuestra nulidad más que andar divulgando, como si fuera harina de nuestro saco, lo que otros dijeron antes y mejor que nosotros. Solo a condición de ir más allá, de continuar la obra de quien nos precedió, a nuestro riesgo y peligro, sirviéndonos de sus obras y resultados como de señales que conducen a nuevas luchas y experiencias, nosotros dejamos de ser parásitos. Los parásitos abundan en el terreno de la producción. ¿Quién dirá el número de operarios inútiles? Y todos los que aceptan y perpetúan -aún condenándolas- las condiciones de vida de la sociedad actual no son ni siquiera los peores parásitos: los que comprenden la necesidad del esfuerzo y lo rehúyen porque temen los riesgos que comporta.

Prostitución

En una de nuestras tarjetas postales figura la máxima siguiente: “Prostituir su cerebro, su brazo o su empeine, es siempre prostitución o esclavitud”. Pero esto no es una apología sexual. Muy por el contrario. Lo que quiere decir es que el trabajador que se deja explotar cerebral o muscularmente, cometería tamaño error si se imaginara “moralmente” superior a la meretriz callejera atrapando viandantes. Porque o se es hostil o favorable a la explotación. Que sean facultades cerebrales, fuerza

muscular u órganos sexuales lo que se haga explotar, es sólo una cuestión de detalle. Un explotado será siempre un explotado, y todo adversario de la explotación que se deja explotar, se prostituye. No veo en qué pueda ser superior a la “ramera” o la mujer mantenida el humano que, adversario de la explotación, pasa toda una jornada de trabajo en una máquina realizando un gesto de autómeta, o va a ver si arranca algunos pedidos para su principal de una parroquia de mercantes. El estado de prostitución no tiene que ver con el género de oficio que se tenga, es el hecho de ganarse la vida por un procedimiento contrario a las opiniones que se profesan o que refuerza el régimen que se quiere combatir.

LA VIDA PLENA

El desnudismo

Nosotros hemos considerado siempre el desnudismo como una reivindicación de orden revolucionario. Debemos añadir que es únicamente como medio individual de emancipación que nos interesa. Lo que no quiere decir que no comprendamos se practique la desnudez con un fin terapéutico o para aproximarse a un estado de cosas “naturista”. Desde el punto de vista individualista, la práctica del desnudismo es algo más que un ejercicio higiénico que realza la cultura física.

Consideramos la práctica de la desnudez como:

- Una afirmación.
- Una protesta.
- Una liberación.

Una afirmación. Reivindicar la facultad de vivir desnudo, de desnudarse, de deambular desnudo, de asociarse entre nudistas sin tener otra preocupación al descubrir el cuerpo que la resistencia a la temperatura, es afirmar el derecho a la entera disposición de la individualidad corporal. Es proclamar la indiferencia a las conveniencias, las morales, los mandamientos religiosos y las leyes sociales que niegan al hombre o la mujer, con pretextos diversos, disponer de las diferentes partes del cuerpo. Contra las instituciones societarias y religiosas que aseveran que el uso o desgaste del cuerpo humano está subordinado a la voluntad del legislador o del sacerdote, la reivindicación desnudista es una de las manifestaciones más profundas de la libertad individual.

Una protesta. Reivindicar y practicar la libertad de la desnudez es protestar, en efecto, contra todo dogma, ley o costumbre que establezca una jerarquía de partes corporales; que considere, por ejemplo, que la

exhibición de la cara, las manos, los brazos, la garganta, es más decente, más moral, más respetable que poner al desnudo parte de las nalgas, los senos o el vientre. Es protestar contra la clasificación de las partes del cuerpo en nobles e innobles: la nariz, por ejemplo, considerada noble, y el miembro viril sumamente innoble. Es protestar, en sentido más elevado, contra toda intervención (legal o como sea) que exige que “no obliguemos a nadie” a desnudarse “si no le gusta”, y que nosotros estemos “obligados a vestirnos”, ¡si así conviene a otros!

Una liberación. Liberación de la vestimenta, de la sujeción de llevar una ropa que jamás ha sido ni puede ser otra cosa que un disfraz hipócrita, puesto que la importancia se traslada a lo que cubre al individuo -por consiguiente, a “lo accesorio”- y no a su cuerpo, cuya cultura, sin embargo, constituye lo esencial. Liberación de una de las principales nociones sobre las que se basan las ideas de “permiso”, “prohibición”, “bien” y “mal”. Liberación de la coquetería, de la pasiva aceptación de ese dorado marco artificial que mantiene la diferencia de clases. Rescatarse, en fin, de ese prejuicio de pudor que no deja de ser más que “la vergüenza del cuerpo”. Librarse de la obsesión de “obscenidad” que actualmente cultiva el tartufismo social.

Sostenemos que la práctica de la desnudez es un factor de “mejor camaradería”, de “compañerismo menos escaso”. Un compañero, o una compañera, nos es menos distante, más caro, más íntimo, solamente por el hecho de darse a conocer a nosotros sin segunda intención intelectual o ética, y más aún sin el menor disimulo corporal.

Los detractores del desnudismo nos dicen que la vista de lo desnudo, la frecuentación entre desnudistas de los dos sexos exalta el deseo erótico. En realidad, la “exaltación” erótica engendrada por las realizaciones desnudistas es “pura, natural e instintiva” y no puede ser comparada a la “excitación” ficticia producida por el semidesnudo, la ligereza del vestido

galante y todos los artificios del tocado y los afeites de que se sirve la sociedad vestida, o a medio vestir, en que nos hallamos.

La reciprocidad

Existe un método cuya aplicación absoluta repararía, a aquellos que la adoptasen como base de sus relaciones y acuerdos, de cualquier lesión, perjuicio, engaño o trampa económica; de cualquier disminución o herida de la dignidad personal: el método de la reciprocidad.

Predicado con lealtad, en cualquier campo de la actividad humana, el método de la reciprocidad implica equidad, tanto en la esfera económica como en la de las costumbres, en el campo intelectual como en cuestiones sentimentales. En efecto, no hay nada que pueda escapar a los efectos de la reciprocidad. Este es un modo de comportarse con los demás que tiene un potencial de irradiación verdaderamente universal. Es muy sencillo de exponer, porque se resume y consiste en recibir lo equivalente a lo que se ha dado, tanto en lo que concierne al individuo aislado como al asociado.

A cambio del producto de tu esfuerzo, te ofrezco el mío. Lo recibes y quedamos a mano. Si, al contrario, no te satisface, no lo sostienes equivalente a lo que das: en este caso conservamos cada uno el suyo y buscamos otra persona con la que podamos llegar a un mejor acuerdo. De esta manera, ninguno de nosotros será deudor.

Se objetará que precisamente un aspecto de esta concesión de la reciprocidad es que termina por colocar al hombre en actitud de bestia feroz. Por ejemplo, tú me juzgas, y con razón; pero yo también te juzgo y con las mismas armas; no huirás. No me ahorras las críticas, y no tendré cuidado en ahorrarte las mías; me has causado un daño, me has ofendido, y yo te ofenderé, te haré igual daño, o peor; te mostraste cruel, despiadado, inexorable, yo reaccionaré de la misma forma. Esta es justamente la

manera en la que no somos ni seremos pares. Aún practicado en toda su crudeza, el método de la reciprocidad logra automáticamente realzar, restablecer la dignidad, afirmarla y colocarla sobre un pedestal indestructible.

Sin duda, apoyadas en la reciprocidad, las relaciones y los acuerdos entre los hombres excluyen el engaño. Sin duda el método de la reciprocidad implica la ley del talión: pero ella no opera más que a condición de que, en cualquier tasación, nos pongamos en un plano de equivalencia en lo respecta a nuestra dignidad personal. Es cierto que discutiremos y nos trataremos tal cual somos. Mi determinismo no es el tuyo; las cosas que me empujan a reaccionar no son las mismas que te inducen a la acción: muy a menudo, allí donde es tu razonamiento el que te hace mover, el sentimiento me sugiere a mí el camino a seguir. Pero tal cual soy yo, en mi terreno, sostengo que valgo; y no me pretendo tu igual: quizás soy menos musculoso, las capacidades de tu cerebro son tal vez superiores a las mías, quizás seas más sensible a ciertas emociones que a mí no me turban. Pero tal cual soy no puedes arrancarme ni adueñarte de mi producto si creo que lo que me ofreces no es lo que te pido. Entonces quedamos a mano, sea que acordemos o no, sea que intercambiamos el producto de nuestro esfuerzo o no. Yo sigo siendo yo y tú quedas como eras.

El amor proteiforme

Porque yo tenía la apariencia de vida, y vegetaba. Porque era una especie de muerto-vivo, no me he preocupado del amor. He cerrado los ojos y el oído de mi entendimiento. He impuesto silencio a los latidos de mi corazón. Me he dicho que el amor no florece más que en la plenitud, en la exuberancia de la vida. Que es a la vida lo que la espina dorsal es al cuerpo. Que es para la vida lo que la energía es para la materia. Y que

durante estos largos meses, meses interminables de destierro, desecharé todo pensamiento, toda preocupación relativa al amor.

Y no he hecho excepción por ninguno de los aspectos en que el amor se manifiesta al espíritu o a los sentidos.

Que sea el amor bajo su aspecto esencial. Noble, elevado, místico. El amor más fuerte que la muerte. Acuerdo de dos voluntades. O de dos conciencias. O de dos evoluciones, dando la misma nota cuando el choque de los acontecimientos los hace vibrar; cuando el colmo de los imprevistos les hace resonar, de goce o de dolor, de pena o de alegría. En los abismos de su destino, cumplido o por cumplirse el amor que se realiza por el encuentro, o como una fusión de dos afinidades que se llamaban. Por encima de los montes y los mares, de las separaciones y de las lejanías. Y que se han precipitado uno hacia otro desde que han podido conocerse. Y reconocerse. El amor que no existe ni se comprende él mismo. Sin una comprensión absoluta de lo que ama, una comprensión de todas las horas. Que no deja sitio a ningún secreto, a ningún misterio. No el amor inquisitorial. O suspicaz. O celoso. O quisquilloso. O preguntón. Sino el amor que se ha asimilado a quien ama tan completamente que ningún pensamiento, ningún acto de parte suya puede sorprenderle, o encontrarle inadvertido, o desamparado.

O bien que sea el amor bajo su aspecto sentimental, puro, delicado, fiel, infinito, profundo. El amor que para crecer necesita un terreno, cuyo elemento primordial es el cariño, la ternura afectuosa, persistente, obsequiosa, que para desarrollarse necesaria una atmósfera de apego recíproca. El amor que hace conmover a los acentos de la amada, a la voz del amado. Que una de sus miradas hace estremecer hasta la médula. Que no resiste una palabra amable, un gesto de dulzura verdadera. Pero que tiembla como una hoja del álamo en cuanto adivina el paso de un extraño. El amor que se alienta con su propia llama. Que encuentra siempre alguna

ofrenda al placer sobre el altar; ofrenda tomada de un fondo de reserva inagotable cuando el fuego que arde sobre el altar amenaza disminuir su intensidad. Amor que no sabría subsistir sin el don continuo de su yo. El amor que desea gustar. Que no tiene libro mayor, que no establece la cuenta de sus pérdidas y ganancias. El amor que sufre, se lamenta y llora con la idea de infligir sufrimiento y causar lágrimas. El amor que las heridas o los naufragios o las privaciones no pueden debilitar, abatir o desalentar. El amor que perdona, no siete, sino setenta veces. El amor que consuela, que cura las plagas y acoge a los prodigos festejando su vuelta. El amor que la desgracia hace más vigoroso, que se liga a un destino como la hiedra se enrosca al roble, humilde y perfumado como la violeta de los prados. El amor cierto que perdura, el amor que al amor hace nacer. Que se sustenta de amor. Que muere de amor. Y que a veces sucumbe al exceso de amor.

O que en fin sea el Amor en su aspecto mariposero, veleidoso, vagabundo. Que no conoce más ley que su capricho, que sigue su capricho aunque tuviera que fenecer en él. El amor que devora la flor sin esperar a que madure el fruto; el amor apasionado, hierro al rojo vivo, incoherente. Que no tiene sentidos más que para su viveza en inflamarse y su prontitud en apagarse. Que gusta de placeres vedados, de goces prohibidos, de caricias reprobadas, de aventuras proscriptas.

El amor pícaro, canalla, orgiástico, indecente, sin freno, sin modestia, sin pudor, terror de los codiciosos y de la gente de buen sentido. El amor que no consulta los registros del estado civil; el amor al que, en su búsqueda, le importan un bledo todas las barreras, que se agazapa entre las pieles falaces o se refugia en los recodos de los callejones oscuros. El amor para quien son desconocidos los remordimientos, los pesares, la fidelidad, la constancia; que olvida ayer e ignora mañana; que jamás se ha preocupado de secar las lágrimas que causó. El amor ligero, frívolo, irónico,

alegre, burlón, revoltoso; el amor fauno, sátiro, el amor, hijo de bohemia, el amor gitano.

Vaya, pues, no he hecho excepción de ninguno de los aspectos bajo los cuales el amor se manifiesta al cerebro, al corazón y a los sentidos.

Y como me había impuesto no consagrar un solo pensamiento al amor, el amor se me ha aparecido más fértil, más tremendo, más potente. ¡Qué desierta una existencia en donde el amor ha dejado de florecer y fructificar! ¡Qué debilidad una existencia donde el amor ha dejado de desafiar a las fuerzas que se disputan la orientación de la voluntad! ¡Qué impotencia una vida que ignora los recursos de creación, de originalidad, de frescura que resplandecen alrededor del Amor!

Variaciones sobre la voluptuosidad

Sé que la voluptuosidad es un tema del que no agrada que se hable ni que se escriba. Hablar de ella produce extrañeza o provoca burlas de mal gusto. Hay libros en cualquier biblioteca que abrazan casi todos los aspectos de la actividad humana. Tenéis diccionarios y enciclopedias. Quizás se cuenten cien volúmenes sobre una sola especialidad de la producción manual. Y no hablo de los libros políticos o sociológicos. Pero no hay en los estantes ni una sola obra consagrada a la voluptuosidad. Hay periódicos que se ocupan de numismática, de filatelia, de heráldica, de la pesca con caña o del juego de bochas. La menor tendencia poética o artística tiene su órgano. El más insignificante ismo tiene su boletín. Las novelas de amor abundan, y hasta se encuentran libros que hablan del amor libre y de la higiene sexual. Pero ni un solo periódico se consagra a la voluptuosidad, mirada con franqueza, sin ninguna reserva, como uno de los manantiales del esfuerzo de vivir, como una felicidad, como un estimulante en lucha por la existencia.

Largos estudios circulan sobre el saber en pintura, en escultura; en el trabajo sobre madera, sobre piedra o metales. Busco en vano artículos documentados que consideren la voluptuosidad como un arte, que expongan los refinamientos viejos y propongan otros inéditos. No es que la voluptuosidad les sea indiferente. Pero solamente interesa en la clandestinidad, en la sombra, a puertas cerradas. Solamente entonces se habla de ella. ¡Como si la naturaleza no fuese sinceramente voluptuosa! ¡Como si el calor del sol y el aroma de los prados no convidasen a la voluptuosidad!

No ignoro, ciertamente, las razones de esa actitud. Las conozco en el origen. El virus cristiano infecta el cerebro. El veneno cristiano corre por vuestras venas. El reino de vuestro Dueño no es de este mundo. Y ustedes son los súbditos de ese reino. Sí, ustedes, socialistas, revolucionarios, anarquistas, que se tragan sin pestañar cien columnas plásticas de demolición o de construcción social, pero que les “obsesionan” y escandalizan doscientas líneas de llamamiento a la experiencia voluptuosa.

¡Oh esclavos!

El amor es uno de los aspectos de la vida, y el más difícil de definir, porque son muy diversos los puntos de vista desde los cuales se puede considerar.

Algunas veces llaman amor a la satisfacción de la necesidad sexual, a una emoción, a una sensación que escapa a la reflexión; otras veces a un sentimiento que nace de la necesidad afectuosa, de amistad profunda y persistente.

No fue por casualidad que Emile Armand asoció el amor, con la libertad y lo que llamaba "camaradería amorosa". Y es increíble como fue uno de los pocos que se interesó por estos temas tan importantes y tan íntimos.

Para él, el amor libre sólo podía existir fuera de cualquier tutela o constreñimiento estatal, religioso, familiar o vínculo contractual. Fuera de cualquier moral o cualquier prejuicio basado en el pudor, en la virginidad, en el vicio, en la fidelidad sexual, en la virtud y en la procreación de la especie humana.

Cuestionarnos la forma en que sentimos el amor, es cuestionarnos todas las relaciones en las que se basa esta sociedad, es cuestionarnos nuestra cotidianidad, nuestra felicidad y también nuestra libertad.

Anarquía

ediciones

<http://periodicoanarquia.wordpress.com>
periodico_anarquia@yahoo.com